



Capítulo uno

ME GUSTARÍA PODER DECIR QUE EL DÍA QUE DONOVAN regresó fue excepcional desde el principio, que me desperté sabiendo que ese jueves de octubre por la noche habría de suceder algo especial.

Pero la verdad es que fue igual a cualquier otro día de la semana.

Fui a la escuela y luego tomé el tren para asistir a la clase de ballet.

Las personas sienten gran fascinación ante la belleza de la danza: las piernas largas, las zapatillas elegantes y los rodetes impecablemente recogidos. Y están en lo cierto, esas son varias de las razones por las cuales, a los tres años, me sentí atraída hacia el ballet. Pero juraría que esas mismas personas nunca pisaron el vestuario de un estudio de danza porque, una vez que uno estuvo del otro lado, ya no puede contemplarlo de la misma manera.

Es el caos total.

Y además, esa vez estaba llegando tarde, porque el tren nunca funciona a horario cuando tengo que estar en algún lugar importante. Me ubiqué en un rincón vacío junto a los armarios y arrojé el abrigo al suelo mientras me quitaba las ballerinas. Todos conversaban sin cesar mientras se cambiaban, pero yo era la única que todavía seguía con ropa de calle. Phil una vez mencionó que le gustaría poder estar en el vestuario sin que lo vieran, y yo me eché a reír cuando comprendí que hablaba en serio. Ahí dentro, los sostenes son de talla pequeña y las caderas no tienen curvas, pero él dijo que no le importaba y que las tetas eran tetas, pero yo creo que se sentiría decepcionado. Sin mencionar el olor a pie.

Eché una mirada hacia la derecha: Ruthie Pathman se encontraba sentada en el borde de la banca y deslizaba los pies dentro de las zapatillas de punta. La posición de la espalda era una línea recta perfecta y su rodete ajustado no tenía un solo rizo fuera de lugar.

—Observarme no hará que te cambies más rápido, Cartwright —comentó sin mirarme.

—No todas podemos darnos el lujo de llegar en auto a la ciudad —repuse mientras daba un tirón a las medias de baile—. El tren llegó tarde.

Al subirlas con demasiada prisa, apareció una corrida en mitad del muslo, rápida y definitiva. Era probable que hubiera otro par perdido en el bolso, pero no tenía tiempo para buscarlo. Las otras chicas comenzaban a marcharse del vestuario y yo aún no había terminado de vestirme.

Ruthie empujó el bolso dentro del armario.

—Tendrás que pensar una excusa mejor. A nadie le agrada eso de echarle la culpa a otro.

Después de repetir una de las frases preferidas de nuestra maestra de ballet, me hizo un guiño y cerró bruscamente el candado con combinación. Desde cierta perspectiva, Ruthie podía parecer uno de esos ángeles descritos en la Biblia: piel blanca, rizos dorados y grandes ojos de mirada profunda. Pero lo único que tenía de angelical era la forma en que bailaba. Era diminuta, pero yo no conocía a nadie que hubiera participado en más peleas que ella, varones incluidos. Y eso no era poco decir, ya que yo iba a una escuela que poseía una cantidad desproporcionada de idiotas.

Cruzó la puerta y después volvió atrás y asomó la cabeza en el vestuario.

—Tres minutos —sus labios se curvaron en una sonrisa enreída antes de cerrar la puerta con firmeza.

Podía atarme las cintas de las zapatillas dentro del estudio, pero todavía debía recogerme el pelo, y Marisa se enojaba mucho con solo ver una horquilla fuera de lugar. El vestuario estaba claramente reglamentado: traje de baile negro, medias de baile rosadas y pelo impecablemente recogido. Estaba en graves problemas. Levanté la pila de ropa desparramada a mi alrededor y la arrojé dentro del armario. No me quedaba más remedio que arriesgarme a que me gritaran por el cabello ya que, si no corría, no me permitirían entrar al estudio.

Con cada paso, los lazos de las zapatillas de punta se enredaban alrededor de los tobillos y de los talones con-
fabulándose para hacerme tropezar en mi carrera por

el pasillo. Gracias al elástico ajustado contra los tobillos, logré mantenerme en pie e ingresar volando en la sala pocos segundos después del comienzo de la clase y antes de que Marisa cerrara la puerta durante una hora y media. No permitía que nadie observara la clase de los bailarines de último año.

También era muy estricta con respecto a la puntualidad, tanto que si llegabas dos minutos tarde, abría la puerta solamente para escudriñarte de arriba abajo y pedirte que te marcharas. Ya habíamos aprendido hacía tiempo que nuestros relojes debían estar sincronizados con el del estudio. Yo nunca llegaba tarde y era su alumna preferida, de modo que esperaba como máximo una advertencia. Pero Marisa no se encontraba junto a la puerta sino en el rincón opuesto de la sala, repasando la partitura con un pianista desconocido para mí. Estaba tan ensimismada que ni siquiera registró mi tardanza. Le hice una mueca a Ruthie mientras utilizaba el tiempo extra para atar las cintas de las zapatillas y recoger mi pelo oscuro y grueso, que llegaba hasta los omóplatos, en un aceptable rodete.

A veces, sentía que el estudio era más mi hogar que mi propia casa. El edificio tenía tres salas iguales: pisos con cámara de aire para amortiguar el impacto de los saltos y proteger los pies y las articulaciones; largas barras de madera dispuestas a ambos lados del salón, desgastadas por el roce de innumerables manos; una pared completamente cubierta de espejos que, en tu mejor día, te hacían sentir como si fueras la Reina de los Cisnes y, en el peor, una masa deforme y mareada. Ese

era el único estudio sin ventanas y mi preferido, porque eso implicaba que no existían distracciones externas.

En la compañía del último año éramos doce, y la mayoría de nosotros bailábamos juntos desde niños. Nueve mujeres y tres varones: ego y arrogancia a raudales. Caryn tenía un increíble ángulo de apertura y, algunos días, yo habría matado por tener los brazos de Elissa y la altura de los saltos de Toby cuando se impulsaba en el aire. Pero tengo buenos pies –mis arcos *nacieron* para llevar zapatillas de punta– y buena musicalidad y, aunque pueda sonar petulante, sabía que era una de las mejores de la clase.

Ruthie se encontraba en la barra estirando los isquiotibiales.

–Te salvaste gracias al nuevo pianista. Impresionante.

–¿Dónde está Betty? –pregunté mientras me ubicaba junto a ella. Kaitlin estaba al otro lado, sentada no lejos de la barra en un *split* derecho. Al estirarse hasta quedar de puntillas, pude ver cómo se tensaban los músculos de sus piernas bajo las medias de baile.

–Ni idea –respondió Ruthie, encogiéndose de hombros–. ¿Pero de dónde sacaron a ese tipo? Se lo ve un poco... sucio.

–Eres una engreída.

Giré para observarlo mejor y... ¡oh!

Ruthie me miró con curiosidad.

–¿Lo conoces?

Claro que sí. Iba a mi misma escuela en Ashland Hills, el pueblito en las afueras de Chicago donde vivo. Era un año más grande que yo y cursaba el último año de la secundaria. Además, era el *dealer* de Phil.

—Creo que va a mi escuela —comenté y volteé hacia la barra para no tener que pensar qué rayos estaba haciendo en mi clase de ballet.

Finalmente, Marisa atravesó el salón para cerrar la puerta, se colocó en el frente y aguardó a que le prestáramos atención. No tuvo que esperar demasiado: era el tipo de persona que atraía la atención sin proponérselo. Todos nos sentíamos intimidados ante ella, pero no porque fuera temible como en las historias de malvadas maestras de ballet que recorrían el salón para golpear a los alumnos cuando hacían algo mal. Era más bien porque había sido bailarina profesional y ese era su estudio y todos habíamos visto lo que era capaz de hacer en el escenario. Una vez leí su biografía y, de acuerdo con las cuentas que había sacado, ahora debía tener unos cuarenta y cinco años. Sin embargo, no se la veía mucho mayor que en la foto de cuando tenía veinte.

—Antes de que comencemos la clase, quisiera presentarles a nuestro nuevo pianista —anunció.

¿Nuevo? Marisa era cuidadosa con las palabras que utilizaba; nunca habría presentado a un reemplazante como alguien “nuevo”. Cuando lo miré, sus ojos ya estaban posados en mí. Volví la mirada hacia Marisa, que nos contó que el esposo de Betty estaba enfermo. Alzheimer. Todos nos quedamos en silencio porque sabíamos que estaban juntos desde la escuela secundaria. No habían tenido hijos y ella siempre decía que las dos únicas cosas importantes en su vida eran su esposo y el piano, en ese orden. No era justo que perdiera a uno de ellos.

Los hombros de Josh Barley se cayeron con la noticia. Betty lo quería más que a ninguno de nosotros, y él lo sabía. Era difícil resistirse a Josh con ese cabello rojo y esas pecas. Tenía un aspecto muy saludable, como si siempre estuviera comiendo pastel de manzana o yendo de picnic con un grupo de la iglesia.

—Mientras tanto, démosle la bienvenida a Hosea Roth, la más reciente incorporación a nuestra familia —agregó Marisa con una sonrisa—. Hosea posee una gran experiencia musical y es una suerte tenerlo con nosotros.

¿Una gran experiencia musical? Ese era el secreto mejor guardado de la escuela secundaria de Ashland Hills o Marisa nos estaba engañando totalmente, porque yo no tenía la menor idea de que supiera tocar algún instrumento. Hosea hizo un gesto con la cabeza, seguido de una sonrisa que uno se habría perdido si apartaba la mirada por un segundo. Su pelo largo y oscuro estaba estirado hacia atrás y le dejaba el rostro libre. Llevaba la misma ropa de siempre: jeans descoloridos, camiseta negra y botas negras de suela gruesa.

Nuestros ojos volvieron a cruzarse. Me conocía. No demasiado bien, pero a veces nos veíamos en la escuela y en la mayoría de las fiestas. Y una vez yo había ido con Phil a su casa a buscar unas pastillas, y Hosea había mirado hacia la calle desde debajo de la capucha y me había visto sentada en el auto de Phil. Se dedicaba especialmente a las pastillas y Phil a la marihuana, pero eran amigos, de modo que hacía una excepción con él.

Hasta ese día, mi escuela y el ballet habían sido mundos completamente separados entre sí, excepto por un puñado de veces en que Sara-Kate me había convencido de que la invitara a algún recital. Pero ahora Hosea se encontraba allí, y yo no estaba muy segura de lo que sentía al respecto. Me mantuvo la mirada hasta que yo me rendí y desvié la vista. Ruthie captó lo que sucedía y puso los ojos en blanco mientras nos colocábamos frente a la barra en primera posición para *plié*.

Hace tanto tiempo que bailo que la danza se ha convertido en una extensión de mi cuerpo. Ya no puedo estirar las piernas sin poner los dedos en punta, además de que siempre estoy pendiente de los brazos, de la espalda y del movimiento de los hombros. Ocurre cuando estoy yendo de una clase a otra, mientras estoy secando los platos e incluso cuando estoy eligiendo manzanas con mamá en el supermercado.

Algunas personas asocian los recuerdos con la música, pero yo puedo relacionar la mayoría de los míos con la danza. La sola mención de la varicela enviaba lentejuelas doradas a través de mi mente al recordar cómo sufría en secreto durante el recital de cuarto curso, cómo hundía los dedos una y otra vez en la tela elástica de mi traje cuando nadie miraba, porque si se enteraban, no me permitirían bailar. El más mínimo olor a mentol me traía recuerdos de dos años atrás, cuando había tenido tendinitis y me untaba constantemente el tobillo con una crema apestosa para calmar el dolor.

Bailar en punta me recordaba a Trent. Había recibido el primer par de zapatillas de punta a los doce años

y él había sido mi primer novio un año después. Y no había sido solamente una coincidencia temporal. Me enamoré de él casi tan rápido como aprendí a disfrutar del trabajo de puntas. Por lo tanto, para mí, los dos quedarían unidos para siempre. Un par de semanas después de que hubiéramos estado juntos, Trent me pidió que le mostrara las zapatillas de punta. En el asiento delantero de su auto, las extraje lentamente del bolso y deslicé una en su falda, las cintas flotaron entre nosotros como olas de seda. Acababa de comprarme un par nuevo, de modo que estaban sin estrenar: el rosa tenue y dulce contra el azul oscuro de sus jeans. Deslizó las manos alrededor del satén, casi maravillado. Luego me miró y dijo que eran bonitas como yo. A veces, me quejaba de cómo me dolían los pies y él decía que debería abandonar si el sufrimiento era tan grande. No creo que comprendiera que todo eso valía la pena: el dolor en los pies e incluso en los tobillos. Lo único que parecía apasionarlo a él era *yo*.

Al principio, había días en los que estaba tan cansada de bailar en punta que no tenía ganas de ir a la escuela. Y días que no tenía ganas de hacer lo que hacía con Trent. Muchas veces, él era exactamente lo que yo quería y me hacía sentir sexy cuando me apretaba con el torso contra el asiento trasero de su auto y me susurraba al oído que yo era especial. Pero otras, deseaba que pudiéramos volver a la época en la que solo nos besábamos y nos tocábamos suavemente con la ropa puesta. En esos días, no podía entender por qué tener sexo con él me hacía sentir un poco sucia. Después de todo, ya llevábamos meses haciéndolo.

Estiramos y fortalecemos los pies y tobillos mientras hacemos *tendu* y *dégagé*, y rotamos las caderas con el arco de *rond de jambe*. Mi ejercicio de barra preferido es el *grand battement*. Es maravilloso levantar una pierna en el aire lo más alto que puedas y luego regresarla rápidamente a su posición inicial sin perder el control en ningún momento. Para lograrlo realmente, ambas piernas tienen que estar perfectamente derechas mientras ejecutamos el *grand battement devant, à la seconde* y *derrière* (hacia el frente, costado y atrás) de ambos lados.

Una vez que terminamos los ejercicios de barra, dejamos nuestro sitio junto a la pared y comenzamos el trabajo central. Los ejercicios del centro son similares a los que acabamos de hacer pero, como ya entramos en calor, podemos realizarlos sin el apoyo adicional de la barra.

Para cuando llegamos al *allégre*, los músculos estaban flexibles y las piernas se habían extendido derechas y seguras. Me mantuve erguida con el cordel invisible que siempre mencionaba Marisa, el que me hacía saltar por las nubes y estiraba mi cuello con elegancia. Aun en ese instante, con la música de Hosea como banda de sonido, fui capaz de apartarlo de mi mente y bailar como si no hubiera nadie más en el salón. Al sentir la mirada de Marisa sobre mí, me preocupó que pensara que estaba cansada, por lo tanto realicé el siguiente *jeté* mejor que los anteriores.

Me permití echarle otro vistazo a Hosea. Era bueno, muy bueno, como si llevara tocando el piano tanto tiempo como yo bailando. Pese a que se trataba de la misma música clásica con la que habíamos bailado

durante años, ahora también había una conexión personal que hacía que cada nota pareciera más plena, más significativa, como si la pieza hubiera sido creada especialmente para nuestra clase de danza. Estaba realmente sorprendida y me pregunté si, en su mundo, existirían reglas con respecto a revelar ese tipo de cuestiones. Como que el piano era para maricas y era mejor ocultarlo si no querías que te etiquetaran como tal.

Cuando Marisa dio por terminada la clase, yo estaba exhausta. Bailaba tres noches por semana y todos los sábados. Siempre terminaba chorreando de transpiración, el pecho agitado y las piernas en llamas. Ese día, pensé en el mal aspecto que tendría y evité mirar hacia el piano antes de abandonar la sala.

Todos los jueves, nos reuníamos a cenar con Sara-Kate y Phil después de la clase de ballet. Aunque suena sofisticado, no nos sentábamos en un restaurante a la luz de las velas con manteles y vajilla fina. Íbamos siempre a Casablanca y nos ubicábamos en la mesa del fondo con los asientos de plástico rasgado y un azucarero sucio en lugar de sobrecitos con edulcorante.

A veces, dábamos una vuelta en auto y fumábamos una pipa de marihuana antes de entrar al bodegón. Esa noche habría sido buena para eso. Los inviernos son una mierda, pero no hay nada como el otoño en Chicago. Sé que significa que todo está muriendo, pero yo podría quedarme mirando las hojas durante días: dorado, morado y todas las tonalidades de naranja, que brillan

como llamaradas en las ramas de los árboles. Me gustan las calabazas gordas apoyadas en los porches y que el aire sea perfecto: fresco pero no helado, cálido bajo el sol pero no sofocante.

Pero no podíamos andar en auto ese jueves porque Phil tenía examen de Trigonometría al día siguiente y quería estudiar. Su auto cuadrado de dos puertas y el escarabajo azul claro de Sara-Kate Worthington ya se encontraban en el estacionamiento cuando llegué desde la estación de tren. Me deslicé en el asiento justo a tiempo para escuchar a Phil ensalzando las virtudes de los locales públicos de beneficencia y las tiendas independientes de segunda mano. Phil Muñoz tenía una opinión formada sobre todo y, normalmente, solía ser la menos popular.

—¿Cómo estuvo la clase? —Sara-Kate se volvió hacia mí casi con gratitud. A veces, escuchar a Phil despotricando en forma vehemente era demasiado incluso para ella.

—Bien. Excepto que...

—¿Excepto que qué? —acomodó un mechón de pelo lila detrás de la oreja y se estiró hacia los menús que estaban colocados detrás de las botellas de ketchup y mostaza.

—Excepto que... llegué tarde por el maldito tren —dije mientras apoyaba el bolso y el abrigo en el lugar vacío junto a Phil.

Mi amigo soltó el libro de Trigonometría que estaba sacando de la mochila y me miró, los ojos oscuros entrecerrados detrás de los vidrios transparentes de sus lentes de aviador. El marco finito y dorado parecía

fundirse en su piel morena cuando lo observaba desde cierto ángulo.

–Buena excusa, Theo –comentó Phil.

Le hice una mueca y luego agregué:

–Tengo una pregunta.

–Probablemente la respuesta sea no.

–Me arriesgaré –bajé un poco la voz–. ¿Todavía le compras marihuana a Hosea Roth?

–Por supuesto –Phil me miró atentamente–. ¿Quieres entrar en el mercado?

–De ninguna manera –Sara-Kate sacudió la cabeza enfáticamente desde el otro lado de la mesa, el *piercing* plateado que tenía en el labio emitió destellos con la luz–. La parte divertida es obtenerla gratis de Phil. No puedes comprarla por tu lado.

–No estoy interesada –dije riendo ante la mirada que Phil le echó a mi amiga–. Pero conozco a alguien que puede querer. Me refiero a entrar en el mercado.

–¿Pastillas o marihuana?

–Hongos –contesté, solo para desconcertarlo.

–Eso es inusual –dijo arrugando el rostro–. ¿Quién es ese alguien? En la escuela, todos recurren a Hosea.

–Una amiga de ballet. No va a nuestra escuela.

–Puedo averiguar y contestarte.

–No, no importa –Dios mío, ¿qué haría Hosea si supiera que estaba preguntando por él? –. Dijo que todos los tipos de la ciudad eran raros o poco confiables, de modo que estaba buscando a alguien con onda.

–Hosea es el tipo con más onda que conozco –Phil me miró y enarcó una ceja como si eso fuera de público

conocimiento—. Si él no puede conseguirlos, encontrará a alguien que lo haga.

—No, está bien —fingí buscar algo en el bolso para que Phil no notara mis ojos mentirosos—. De todas maneras, supongo que ella no hablaba en serio.

Sara-Kate hacía girar el sorbete entre el hielo de su vaso.

—No creo que le haya escuchado a Hosea decir más de veinte palabras desde que lo conozco.

—Seguramente porque no logra hacer un solo comentario cuando está con Klein —Phil abrió el libro en la guía de estudio.

—¿Y por qué son amigos? —pregunté mientras me abotonaba el cárdigan hasta arriba. Estaba bastante raído por los sucesivos lavados y el verde vibrante se había convertido en un verde oliva oscuro, pero lo guardaba en el bolso para cuando íbamos a Casablanca, porque ahí *siempre* está helado. Demasiado aire acondicionado en verano y calor insuficiente en invierno.

—No es tan complicado —Phil se encogió de hombros y apartó un mechón de pelo oscuro de los ojos—. Hosea tiene las drogas y Klein el dinero.

—Hosea es lindo —señaló Sara-Kate pensativamente, antes de tomar otro trago de su bebida—. Pero no me agradan sus botas negras. Son opresivas.

La camarera sesentona que venía echándonos miradas de desagrado desde mi llegada, salió fatigosamente de atrás de la barra para atendernos. Jana. Nos odiaba y

siempre estaba cuando veníamos. Tal vez esa era la razón por la cual nos odiaba. Golpeando la suela de sus zapatos de lona gastados contra el suelo, nos recitó los platos del día y suspiró cuando Sara-Kate tardó mucho en decidirse entre pepinillos fritos y aros de cebolla, para acompañar el pan tostado con queso. Phil pidió un tazón de chile.

Todos se quejaban de que la sopa de guisantes de Casablanca era sosa, pero yo la pedía porque sabía exactamente lo que iban a darme. La habían colocado en el menú después de que alguien se quejara de la falta de opciones vegetarianas, y los cocineros no sabían o no les importaba hacerla bien. De modo que era floja y prácticamente desabrida pero, al menos, no tenía que preocuparme por cremas o quesos que vinieran en su interior.

Cuando regresó de detrás de la barra, alguien le pidió a Jana que elevara el volumen del televisor y ahí fue cuando lo noté: las personas que estaban en los bancos y en las mesas, los camareros, ayudantes y cocineros, todos estaban mirando fijamente el televisor que colgaba en un rincón del restaurante. Generalmente, estaba puesto en alguna telenovela, en un partido de los Chicago Bears o en alguna película horrible hecha para televisión.

Pero ese día, todos los ojos estaban fijos en las noticias y nosotros los imitamos. Al principio, pensé que era el agotamiento de la clase que me asaltaba justo cuando había conseguido relajarme. Porque, mientras observaba a la mujer que daba las últimas noticias, la cámara pasó del rostro de ella a una fotografía de mi mejor amigo de la infancia.

Mi mejor amigo muerto.

Comencé a caminar hacia la barra sin darme cuenta, olvidando que Sara-Kate y Phil estaban detrás.

El nombre de Donovan surgía una o dos veces al año: en el aniversario de su desaparición o cuando alguien enviaba una pista falsa. Por ejemplo, alguien lo había visto en un *Burger King* de Vermont, o lo habían divisado en la fila de un parque de diversiones en Utah. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de creer que volvería a verlo. Era mi mejor amigo, pero todos saben que los chicos que desaparecen por más de veinticuatro horas fueron abusados sexualmente o los mataron, o ambas cosas.

Pero esta vez era diferente. Los labios brillosos de la reportera sonreían mientras hablaba de manera vacilante y se trababa al leer las palabras del texto de último momento. Decía que estaba vivo. Habían encontrado a Donovan.

Lo primero que perdí fue el oído. No oía voces sino solamente un zumbido descarnado e incesante. Y no podía saber si Sara-Kate, Phil y el resto de las personas del lugar también lo oían, porque luego mis ojos se clavaron en la foto escolar tomada el último año en que lo había visto. Yo solía tener esa foto en la mesa de noche, separada de las del resto de mis compañeros de clase. Al verla en la pantalla, sentí como si alguien hubiera robado mi diario íntimo y la hubiera expuesto para que todo el mundo la viera.

De alguna manera, tuve conciencia del silencio que reinaba en ese bodegón y de que, por primera vez, nadie decía una palabra y solo se observaban unos a otros,

anonadados. Capté también que Sara-Kate se acercaba para ver más de cerca y Phil me acariciaba la espalda mientras indagaba en mi rostro con sus enormes ojos oscuros.

Donovan está vivo.

—Encontraron a ese chico —dijo Jana, las manos sujetando la manija negra de la cafetera.

Intenté mantenerme de pie, pero mis piernas, las mismas que me llevarían bailando hasta Nueva York... no podían sostenerme. Estaban hechas de gelatina y me habría caído al suelo si Phil no me hubiera atajado. Esa particular combinación de alivio, confusión y euforia era demasiado grande para comprenderla, demasiado grande para hacer otra cosa que no fuera apoyarme contra Phil frente a la barra, mientras las lágrimas se derramaban por los montículos de mis mejillas hasta que él y Sara-Kate me condujeron al exterior sobre mis piernas temblorosas.

Afuera, en el aire fresco de otoño, recuperé el aliento por primera vez en varios minutos y lo repetí en voz alta para convencerme de que era verdad:

—Donovan está vivo.

Donovan había regresado.